

Estimados ciudadanas y ciudadanos argentinos,

Hoy nos encontramos en un suceso histórico, celebrando 40 años de democracia ininterrumpida en nuestra amada nación. Es un hito que resuena profundamente en nuestros corazones, pues simboliza no solo el paso del tiempo, sino un viaje de resistencia, determinación y el espíritu inquebrantable del pueblo argentino.

Desde 1983, Argentina ha sido testigo del poder de la democracia, una fuerza que nos ha permitido expresar libremente nuestra voluntad a través de 10 elecciones presidenciales y 20 legislativas. Al reflexionar sobre estas cuatro décadas, reconozcamos el monumental logro que se encuentra en nuestra capacidad para unirnos bajo una bandera común: la creencia de que podemos y debemos vivir en una sociedad democrática.

Este logro, sin embargo, no existe en aislamiento. Coexiste con desafíos, algunos de los cuales han evolucionado hacia problemas estructurales, especialmente en los ámbitos social y económico. La incapacidad de los gobiernos sucesivos para abordar completamente estos desafíos ha llevado a cuestionar la misma estructura de nuestra democracia. La legitimidad y representación que una vez no se ponían en duda, están ahora bajo escrutinio.

Los números hablan de una tendencia global más amplia: un declive en la confianza y un aumento en el escepticismo hacia los gobiernos. Según la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos), la confianza en el gobierno está disminuyendo a nivel mundial, siendo especialmente baja en América Latina y el Caribe.

En todo el mundo, la esencia misma de la democracia está siendo cuestionada, desafiada por las noticias falsas y confrontada por movimientos que creen en regímenes no democráticos como solucionadores de problemas más efectivos. No obstante, no debemos olvidar que la democracia es el único sistema que empodera a la gente para supervisar las decisiones políticas, intervenir cuando sea necesario y exigir responsabilidad a las instituciones y funcionarios.

En Argentina, la crisis de representación y la polarización son palpables, como se evidencia en los cambios desde las elecciones de 1983 hasta el día de hoy. Los votos están más dispersos y el panorama electoral se caracteriza por una oferta reducida. Empero, la

democracia no se define únicamente por las elecciones; es un proceso continuo que prospera con la participación y el apoyo ciudadano.

La resiliencia de nuestra nación radica en la comprensión de que la democracia es una construcción dinámica, fortalecida por la participación ciudadana. Hemos dado pasos significativos, incluida la institucionalización de debates presidenciales desde 2015, para fomentar la información de la toma de decisiones y el discurso cívico respetuoso.

En estos tiempos volátiles, caracterizados por la incertidumbre y la polarización, debemos reconocer que el diálogo y la construcción de consensos son esenciales. Sin este consenso, corremos el riesgo de prolongar nuestros desafíos actuales. Debemos renovar nuestros pactos sociales, reafirmar nuestro compromiso con la democracia y forjar un camino juntos.

Al pararnos en la encrucijada de la historia, reconozcamos que la democracia no es solo un sistema político; es una construcción social que requiere nuestra participación activa y una renovación constante. Declaremos, como un pueblo unido, nuestro acuerdo, ratifiquemos el pacto que hemos forjado y anunciemos al mundo, que Argentina es una nación que no solo desea, sino que está decidida a vivir y prosperar en democracia.

Que la luz de la democracia siga iluminando el sendero de nuestra nación, inspirando un futuro donde la unidad, la justicia y el compromiso cívico sean los cimientos de nuestro progreso. Es nuestro deseo una Argentina vibrante y fuerte, y el camino correcto para lograrlo es la democracia.